

Cuando Utrera volvió á buscar al anciano Montenegro, este habia desaparecido, confundido y arrastrado tal vez por las oleadas.

El jóven sin embargo, conocedor del carácter patriótico que sobresalía en su noble y anciano amigo, temió que desoyendo sus anteriores consejos, se habria lanzado con la multitud al encuentro de los franceses.

La situacion de María y el peligro á que acaso corria el viejo señor, preocuparon desde entonces su ánimo, que sintió algun tanto abatido.

Mas no era aquella ocasion de retroceder ante consideracion ni interés de ningun género, así es, que abandonándose con toda su alma á la causa del pueblo, se lanzó igualmente á la pelea que se preparaba.

Una veintena de hombres decididos y ansiosos de morir por la independendia de la Pátria, se lanzaron en pos del esforzado jóven.

Tomaron la direccion de la calle de Alcalá, donde en aquel momento acababa de romperse un vivísimo fuego entre los regimientos franceses y los madrileños.

Las huestes enemigas habian avanzado por igual con temeraria confianza casi hasta las mismas bocas calles de la de Alcalá y Carrera de San Gerónimo.

El cuadro que entonces ofrecia el heroico pueblo era magnífico, arrebatador.

Así artesanos, como propietarios, los empleados como los jornaleros, los nobles como los sacerdotes, las mujeres como los niños... todos, con armas buenas ó malas, con palos ó herramientas, porque todo era adecuado para matar franceses, como decian, aparecian confundidos en amalgama heroica haciendo frente con encarnizada fiereza á las legiones del aborrecido extranjero.

Esta inaudita resistencia, que los franceses no habían creído encontrar, les costó pérdidas muy numerosas, por más que los nuestros tuviesen á su vez que lamentar bien sensibles desgracias.

Atacados por do quiera los regimientos franceses, fueron muchas veces ignominiosamente rechazados por el bizarro paisanage.

Principalmente cuando en una de sus acometidas se acercaron á la Puerta del Sol, la resistencia del pueblo fué más encarnizada que nunca.

Una inmensa barrera de la cual llovian las balas de los trabucos cargados hasta la boca, piedras y navajazos dados *de hombre á hombre*, en la expresion más gráfica de esta palabra, fué secundada por los tiestos, piedras, muebles y ladrillos que los vecinos arrojaban desde las ventanas y tejados y que en el modo de menudearse parecían una verdadera lluvia.

Esto por lo que toca á la calle de Alcalá, en cuyo punto el valiente Utrera, con los suyos, sostenia un bien nutrido y mortífero tiroteo.

La acción de la Carrera de San Gerónimo era si cabe más encarnizada.

Los llamados veteranos de Marengo y Austerlitz cedieron repetidas veces á la resistencia que se les oponia.

En una de las retiradas á que se vió forzado el enemigo, el pueblo, dejándose llevar de su arrebató, persiguió á los franceses hasta la mitad de la calle.

Un escaso número de albañiles á quienes sorprendió la lucha trabajando en la iglesia del Espíritu Santo, contribuyó poderosamente al triunfo del pueblo, el cual, despues de haber sufrido una violenta carga dada por los mamelucos y polacos, tomó á su vez la revancha causándoles gran

número de muertos y heridos y haciéndoles retroceder en desórden.

Los citados albañiles, colocados en el mismo borde del tejado y desde los andamios, arrojaban piedras, ladrillos y cuantos objetos podian haber á la mano.

Mientras esto sucedia por aquella parte, en otros puntos se sostenia la lucha con igual heroismo.

El mismo grito dado por los extranjeros de ¡*Viva Bonaparte!* era contestado con entusiasta vigor por aquel pueblo idólatra de su príncipe, con el de ¡*viva la Independencia!* ¡*viva Fernando!* (1)

(1) De intento, y en nuestro deseo de amenizar este histórico relato hemos querido dejar para este sitio la insercion de la carta que Fernando VII dirigió al emperador de los franceses, pidiéndole para esposa una mujer de su familia. ¡Fatal contraste!

«Señor: el temor de incomodar á V. M. I. en medio de sus hazañas y grandes negocios que lo ocupan sin cesar, me ha privado hasta ahora de satisfacer directamente mis deseos eficaces de manifestar á lo ménos por escrito los sentimientos de respeto, estimacion y afecto que tengo al héroe mayor que cuantos le han precedido ansiado por la Providencia para salvar la Europa del trastorno total que la amenazaba, *para consolidar los tronos vacilantes* y para dar á las naciones la paz y la felicidad.

«Las virtudes de V. M. I., su moderacion, su bondad aun con sus más injustos é implacables enemigos, todo en fin me hacia esperar que la expresion de estos sentimientos seria recibida como efusion de un corazon lleno de admiracion y de la amistad más sincera.

«El estado en que me halló de mucho tiempo á esta parte, incapáz de ocultarse á la grande penetracion de V. M. I., ha sido hasta hoy segundo obstáculo que ha contenido mi pluma, preparada siempre á manifestar mis deseos. Pero lleno de esperanzas de hallar en la magnanimidad de V. M. I. la proteccion más poderosa, me determino no solamente á testificar los sentimientos de mi corazon para con su augusta persona, sino á depositar los secretos más íntimos en el pecho de V. M. I. como en el de un tierno padre.

«Yo soy bien infeliz de hallarme precisado por circunstancias particu-

Segun cita uno de los muchos autores á quien hemos consultado, la defensa sostenida en la Concepcion Gerónima excedió á todo encarecimiento.

A tal punto llegó la obstinada resistencia, que los franceses que avanzaban por aquella parte, cesaron largo tiempo, dudando si debian ó no seguir adelante.

Las mujeres arrojaban sus muebles mejores sobre los soldados del imperio, les disparaban tiros desde los balcones y desde los tragaluces de las cuevas, «incomodándolos por cuantos medios les sugerian el justo encono y una legítima defensa.»

Pero como los franceses tenian de su parte todas las

lares á ocultar como si fuera un crimen; una accion tan justa y tan loable; pero tales suelen ser las consecuencias funestas de un exceso de bondad, aun en los mejores reyes.

«Lleno de respeto y amor filial para con mi padre, cuyo corazon es el más recto y generoso, no me atreveria á decir sino á V. M. I. aquello que V. M. I. conoce mejor que yo; esto es, que estas mismas cualidades suelen con frecuencia servir de instrumento á las personas astutas y malignas para confundir la verdad á los ojos del soberano, por más propia que sea esta virtud en caracteres semejantes al de mi respetable padre.»

«Si los hombres que le rodean aquí le dejasen conocer á fondo el carácter de V. M. I., como yo lo conozco, ¿con qué ansias procuraria mi padre estrechar los nudos que deben unir nuestras dos naciones? Y ¿habrá medio más proporcionado que rogar á V. M. I. *el honor de que me concediera por esposa una princesa de su augusta familia?* Este es el deseo unánime de todos los vasallos de mi padre, y no dudo que tambien el suyo mismo (á pesar de los esfuerzos de un corto número de malévolos) así que sepa las intenciones de V. M. I. Esto es cuanto mi corazon apetece; pero no sucediendo así á los egoistas pérfidos que rodean á mi padre, y que pueden sorprenderle por un momento, estoy lleno de temores en este punto.»

«Solo el respeto de V. M. I. pudiera desconcertar sus planes, abriendo los ojos á mis buenos y amados padres, y haciéndolos felices *al mismo tiempo que á la nacion española* y á mí mismo. El mundo entero admirará ca-

ventajas, las del número, de la organización y del armamento, poco debía durar su indecisión.

Y con efecto, repuestos de su sorpresa, volvieron á la carga y sus numerosos y mortíferos disparos arrollaron con terribles pérdidas al pueblo.

Jóvenes hubo, que llevando su desesperado encono á un límite inaudito, heroico, se lanzaron solos en medio de las filas enemigas, matando é hiriendo hasta exhalar su último aliento. Los franceses vencieron al fin por aquella parte, y adelantaron en medio de crueles venganzas: el marqués de Villamejor y el conde de Talaora, estuvieron á punto de ser allí fusilados.

da día más la bondad de V. M. I., quien tendrá en mi persona el hijo más reconocido y afecto.

«Imploro, pues, con la mayor confianza la protección paternal de V. M. I., á fin de que no solamente se digne concederme el honor de darme por esposa una princesa de la familia, sino allanar todas las dificultades y disipar todos los obstáculos que puedan oponerse en este único objeto de mis deseos.

«Este *esfuerzo de bondad* de parte de V. M. I., es tanto más necesario para mí, cuanto yo no puedo hacer ninguno de mi parte, mediante á que se interpretaría á insulto á la autoridad paternal, estando como estoy reducido á solo el arbitrio de resistir (y lo haré con invencible constancia) mi casamiento con otra persona, sea la que fuese, sin el consentimiento y aprobación positiva de V. M. I., de quien yo esperó únicamente la elección de esposa para mí.

«Esta es la felicidad que confío conseguir de V. M. I., rogando á Dios que guarde su preciosa vida muchos años. *Escrito y firmado de mi propia mano* con mi sello en el Escorial á 11 de octubre de 1807. de V. M. I. y R. su más afecto servidor y hermano. —*Fernando.*»

Mr. THIERS.—Tomado de la *Historia del Consulado y del Imperio*, publicada en París por varios autores franceses.

NOTA. Hemos subrayado algunas frases de este singular documento, al cual añadiremos oportunamente nuevos datos para que nuestros lectores consideren lo que tal conducta debía prometer.

En los demás puntos también las ventajas obtenidas momentáneamente por el pueblo, cedieron á los vigorosos ataques del enemigo.

Joaquin Murat, desde que la refriega se habia empeñado, resolvió tomar determinaciones decisivas.

Desde el principio y para estar más desembarazado y en posicion de dar órdenes, ya á las tropas de afuera, ya á las de adentro, se colocó acompañado del mariscal Moncey y demás generales fuera de puertas, en lo alto de la cuesta de San Vicente.

Entonces fué cuando los regimientos de su ejército emprendieron por distintos puntos la lucha contra el pueblo, eligiendo todas las avenidas en direccion de la Puerta del Sol.

Los madrileños resistieron por última vez...

Pero cansados los franceses de verse detenidos por tan obstinada resistencia, decidieron concluir de una vez con aquel puñado de valientes.

Entonces la metralla; dirigida con terrible profusion desde la calle de Alcalá y Carrera de San Gerónimo, abrió brechas terribles en los valientes adalides de la Independencia, y multitud de víctimas volaron á la mansion de Dios, á quien presentaron la hermosa palma del martirio recogida con heroica firmeza en el ára de la Pátria.

Rechazado el pueblo al mortal é incesante estampido de los cañones, los franceses avanzaron por fin hasta la misma Puerta del Sol, hasta entonces inespugnable.

Lo que despues aconteció allí es indescriptible.

Nuestra pluma se resiste á trazarlo en estos mal ordenados renglones, y solo su recuerdo nos hace estremecer de espanto y de indignacion.

La venganza y el pillage, fueron dos miserables, dos

odiosas condiciones que distinguieron muy singularmente á los heterogéneos ejércitos del primer Bonaparte.

Su desenfreno despues de la victoria, no conocia límites.

Contra lo que debia esperarse de los ejércitos de un país que se llamaba civilizado, los soldados del imperio, sucesor del Consulado y de la República, se mostraron siempre dignos de sus fieros aliados los cosacos y los mamelucos.

La huella francesa dejó tras sí en aquella memorable época tan indelebles rastros de sangre, en su mayor parte inocente, que la bruma y aun la indulgencia de las futuras edades, no bastarán á borrar su horrible memoria.

No bien las tropas de Murat penetraron en aquel punto, las represalias se sucedieron á su poco honrosa victoria.

Ya momentos antes habian asaltado la abandonada casa del duque de Híjar, donde no encontrando á otra persona que el anciano portero, y despues de haberse cebado en el saqueo, arrastraron despiadadamente á aquel infeliz, fusilándole contra una pared frente á Santa Catalina, en cuyo espacio, mucho tiempo despues, aun se conservaban clavadas las balas que habian puesto fin de un modo tan desastroso á la existencia del desventurado portero.

En la Puerta del Sol, sin duda por las pérdidas que su posesion les habia costado, las escenas de la naturaleza de esta que acabamos de relatar, fueron numerosas.

Pero de esto nos ocuparemos detenidamente á su debido tiempo.

Mientras tanto, prosigamos en la enumeracion de los sucesos que distinguieron á aquel dia de luto y amargura para los honrados habitantes de Madrid.

## CAPITULO XXXIII.

### DAOIZ Y VELARDE

6

### EL PARQUE DE ARTILLERIA.

No bien el capitán de Artillería, D. Luis Daoiz observó que el pueblo madrileño, agitado ya desde la vispera, empezaba á moverse, se dirigió al cuartel del arma en donde estaba el famoso Parque, en el barrio de Maravillas, y en la calle de San José, hoy denominada de Velarde.

Sus jefes le habian intimado la orden expresa de no hacer movimiento alguno con los escasos artilleros, algunos inútiles, puestos á su cargo, interin no recibiese nuevo aviso.

Semejante indigna disposicion fué comunicada igualmente á todas las tropas españolas que permanecian encerradas en los cuarteles.

Los paisanos habian acudido repetidas veces, y despues de verificado el levantamiento, á los cuarteles indicados.



Sin embargo, fué inútil que el pueblo tratara de excitar el patriotismo de los soldados; porque aun cuando estos respondian con su decidida voluntad á sus compatriotas, los jefes lograban detenerlos; dejando así entregados á los ciudadanos á tan desigual y horrorosa pelea.

Encaminóse, pues, el capitán Daoiz á la denominada casa de Monteleon, donde estaba situado el Parque, y allí con una guardia de franceses á la vista, se entregó á una resignacion forzosa, á una actitud pasiva que sin duda alguna debió hacerle pasar trances mil veces más amargos que la muerte, segun era inmensa su indignacion, y grandes los deseos que inflamaban su noble pecho de confundir cuando ménos su hidalga sangre española con la ya vertida sangre de sus valerosos compatriotas.

Però suplicamos á nuestros lectores nos permitan dirigir á las cosas y á los sucesos una mirada retrospectiva.

El capitán del mismo cuerpo, D. Pedro Velarde habia ido muy de mañana á su oficina, la Secretaría de la junta superior Económica, sin embargo de ser dia festivo el célebre dia de que nos ocupamos.

Dos pesadumbres, á cual más grandes, amargaban á la sazón su noble espíritu y hacian discurrir por su cerebro ardientemente oprimido, mil pensamientos lúgubres.

Más entre aquellas dos pesadumbres, entre aquellos pensamientos que en su mente se adunaban tumultuosamente, el que más prevalecia, el que más lastimaba su conciencia y su corazón, eran los conflictos ya indudables que pesaban sobre el noble pueblo de Madrid.

Por lo que toca al suceso de la víspera, vamos á consignar lo más brevemente posible su desenlace.

Cuando Velarde oyó decir á Enriqueta que su ama se encontraba indispueta de gravedad, casi olvidó en aquel

instante los importantísimos asuntos de que con sus compañeros se había ocupado en el reducido sótano del café, y corrió presuroso, sin pedir más pormenores, á la casa de su amada Carolina la condesita del Ramal.

Apenas llegó, anhelante y fatigado, se encontró, no sin extrañarse, con que el portalón estaba abierto de par en par, y que Blas el portero, no se hallaba en su puesto de costumbre; y aunque le llamó repetidas veces, el silencio le respondió tan solo.

Entonces comenzó á subir con precipitado paso los escalones, y en medio de la misma soledad y de un profundo silencio, penetró en el gabinete donde la jóven acostumbraba recibirle.

Pero Carolina no se encontraba allí.

Sin proferir una sola frase, ni llamar á los demás criados, pues ya su emoci6n y su inquietud no se lo permitian, encamin6se á las demás habitaciones.

Júzguese cuál seria su sorpresa, cuando al levantar el tapiz, detrás del cual tenia lugar la indigna escena que ya conocen nuestros lectores, distinguió á Belliard, vuelto de espaldas, que retenia entre sus manos las niveas é inm6viles manos de la aletargada condesa.

No acertando á darse cuenta de lo que sus mismos ojos estaban viendo, detúvose como alucinado, creyendo ser más bien víctima de un quimérico ensueño, que espectador real de tan singular escena.

El general francés, ya por el enagenamiento de que estaba poseido, y ya porque la alfombra habia amortiguado las pisadas de Velarde, ni siquiera se apercibió de que tras él se alzaba la mano de Dios, dispuesta á arrebatarle la pura víctima que torpemente pretendia sacrificar á sus impuros deseos y á la satisfacci6n de una venganza la más

inícuo que puede caber en un corazón malvado.

Velarde permaneció aun algunos instantes como si sus piés se hubiesen negado á obedecerle.

Pero su perplejidad duró tanto como dura en el espacio un desprendido metéoro.

Belliard acababa de inclinar su cabeza sobre la cabeza de la jóven condesa.

La actitud osada del francés obligó al artillero á volver de su estupor, y entonces fué cuando, sin darse todavía cuenta del singular estado en que se hallaba Carolina, se precipitó hácia el infame, asiendo su larga melena, y prorumpiendo con voz de trueno, en aquella terrible exclamacion que recordarán nuestros lectores.

Le tenia delante de sí, como un espectro formidable, y no se decidia á dar crédito á sus propios ojos.

Su perplejidad era tan grande como su perfidia.

Belliard, tan inopinadamente sorprendido, se quedó mirando con asombro al jóven.

Seguramente no contaba con aquella sorpresa, con aquel testigo de su alevosia.

Enriqueta y el misero portero le habian prometido velar hasta el último punto de su venganza, no sin asegurarle ante todo de que el artillero no llegaria sino dos horas más tarde.

Pero ya hemos visto la actitud de ambos cómplices, y la súbita idea que concibieron y pusieron en ejecucion, para descargar con la menor exposicion posible el peso de su conciencia.

Durante medio minuto nuestros personajes se contemplaron con indecible fijeza.

Velarde miraba á su enemigo con amenazadores y airados ojos.

Belliard, sin resolverse á creer que el hombre que ante sí tenia pudiera ser el mismo Velarde.

Velarde fué el primero en romper aquel silencio contemplativo.

—¿Qué significa esto?—preguntó.

—¿Y quién sois vos para interrogarme así?—preguntó á su vez el extranjero, saliendo por fin de su embarazoso estupor.

—¡Un caballero que vá á estrujar á Vd. con el pié como se hace con una víbora!—exclamó Velarde con voz de trueno.

Y se lanzó sobre Belliard, á quien intentó ahogar entre sus nerviosas y crispadas manos.

Mas el francés retrocedió vivamente diciendo:

—Creo no tratareis de asesinar me, caballero.

Velarde, cediendo á un noble impulso, y por un doble movimiento, llevó la mano á la empuñadura de su espada que desenvainó hasta la mitad.

Pero las palabras del francés le obligaron á volver en sí, conociendo cuál era su posición respecto de aquel menzurado y de aquella casa.

Una rápida ojeada que echó sobre el francés, le bastó para observar que su adversario estaba completamente desarmado.

Habia llegado hasta allí sin creer en la necesidad absoluta de tomar precauciones.

Velarde, pues, se contuvo; pero no pudiendo reprimir con la misma facilidad su odio, y penetrado de que una precipitación para castigar al malvado, era indigna de su hidalguía,

—Pues bien,—dijo,—no me tienta Vd. ahora; sería difícil que yo me contuviese más tiempo... Váyase Vd., vá-

yase Vd. pronto de aquí. Su presencia en este punto se me hace insoportable... Aun quiero tener con Vd., por más que sea indigno de ella, la consideracion debida á los militares pundonorosos... ¡Váyase Vd., repito!

Y Velarde señalaba con imperioso ademán á Belliard la puerta, extendiendo con tension nerviosa su brazo y clavados sus ojos irritados en el pálido rostro de su adversario, á quien parecia querer confundir bajo el peso de sus fulminantes miradas.

Pero Belliard no se movia.

—¡Salga Vd. pronto!—repitió el artillero.

—¡Saldré por mi voluntad!—replicó Belliard, á su pesar dominado por la actitud del jóven.

—Saldrá Vd. de cualquier modo, pero saldrá Vd.,—acentuó cada vez con más ira Velarde.

—Señor Velarde,—dijo el francés,—mañana me dareis cuenta de ese lenguaje incòmprensible.

—Sí, pero ahora deje Vd. cuanto antes esta casa, su aliento solo está profanándola: mañana nos veremos, dentro de algunas horas acaso.

—Entonces,—añadió Belliard, preparándose á abandonar la estancia,—os juro, capitan, que me vengaré cumplidamente de vuestros insultos.

—Me prometo que antes le enseñaré yo á Vd. cómo los caballeros castigan en mi pátria á los bandidos de vuestra calaña.

Belliard salió al fin de allí, debiendo sin duda alguna su existencia á la para Velarde grave circunstancia de encontrarse desarmado.

El artillero, que hasta entonces no habia reparado en la completa inaccion de Carolina, se acercó á ella con tierna solicitud.

Al principio la creyó víctima de un desmayo. Pero al observar que, al menos aparentemente, el sueño de la jóven, — pues sueño se hubiera creído, — era sereno y reposado, su sorpresa no reconoció límites. Examinó la pulsacion de la jóven, y la encontró reposada y uniforme. Puso una mano sobre su blanca frente, y también la encontró fresca y tranquila.

Aquello era para él inexplicable, problemático.

La condesa, sin apercibirse de lo que cerca de ella pasaba, sin conciencia de nada, sujeta á la influencia del narcótico, no respondió á los repetidos llamamientos del inquieto jóven.

— Este, viendo que su amante no volvía en sí, empezó á sospechar vagamente lo que aquello era.

No era necesario todo su claro talento para comprender que el sueño de Carolina distaba mucho de ser natural.

Inútil fué que repetidas veces pronunciara el nombre de la jóven, ni que la agitase para despertarla.

Entonces dió voces, y á ellas acudieron los dos sirvientes únicos que quedaban en la casa.

Velarde les interrogó, pero ellos, estupefactos y llenos de asombro, no pudieron responder á las preguntas del capitán.

Unicamente uno de ellos, dominado por sus vehementes y en cierto modo fundadas sospechas hácia Enriqueta y Blas, dijo con resolucion:

— Juro que esto es obra de Enriqueta.

— ¡Cómo!... — balbuceó el jóven, que empezó á columbrar alguna luz, donde hasta entonces todo habían sido tinieblas é incertidumbre.

—Sí, señor, Enriqueta, la misma Enriqueta debe tener la culpa de lo que pasa á nuestra señorita.

—Expílicate.

—Verá Vd.; yo no he creído jamás en las zalame-  
rias de esa mujer, que tanto gustaban á la señora con-  
desa...

—Adelante...—interrumpió Velarde impaciente.

—Pues como digo, creo que Enriqueta le hacia trai-  
cion.

—¿En qué te fundas, pues?...

—Mire Vd., para no molestar á Vd. y no gastar el  
tiempo, debo decirle que Enriqueta debió dar algo malo á  
mi señora.

—¿Eso crees?

—Sí señor, y para ello me fundo.

—¿En qué?...

—En que hace un cuarto de hora poco más ó mé-  
nos fué la infame á servir agua á mi señorita, y como  
yo habia sorprendido ciertos cuchicheos que no me gusta-  
ban entre Blas y ella, no la he perdido de vista ni ayer ni  
hoy...

—Acaba...

—Cuando Enriqueta creia estar sola, yo la atisbaba...

—¿Y bien?...

—He visto que sacando un papel del pecho, vació una  
cosa, que no pude distinguir bien, dentro del vaso...

—¿Eso has visto?—preguntó el capitán con voz ter-  
rible.

—Sí señor; pero como no podia conocer á punto fijo lo  
que aquello era, y además Enriqueta mandaba aquí en  
jefe, más aun que la señora... Porque no puede Vd. ima-  
ginarse, mi buen señorito, el dominio que queria tener y

tenía sobre nosotros... ¡Ya se vé! la quiere tanto la señora, y luego la muy taimada...

La sirvienta no llevaba trazas de poner fin á sus digresiones; pero Velarde impaciente y deseoso de concluir con aquella situacion, hizo que inmediatamente se buscara un facultativo.

Algunos minutos despues, Carolina habia vuelto en sí, merced á los auxilios que la habia prodigado un boticario establecido en la misma calle del Arenal.

La extrañeza de la jóven al abrir los ojos y recobrar la razon, fué tan grande, como el júbilo de su amante que á cada instante que trascurrea sin salir de aquel letargo, sufría terriblemente.

Por largo espacio de tiempo, la condesa tendió alrededor suyo una mirada vaga.

Su aturdimiento, resultado del letargo, no la permitió discernir ni aun distinguir nada.

Pero la voz cariñosa de Velarde consiguió sobre su mente y sobre su razon una completa victoria.

Conoció al jóven súbitamente, pero de cuanto la habia acontecido no conservaba sino una especie de presentimiento intuitivo, lleno de gran pesadumbre.

Despues de pretender fijar sus recuerdos, preguntó á Velarde con alguna inquietud:

—¿Estabas tú ahí cuando me acometió esta pesadilla?

Velarde respondió algo vacilante:

—No; pero gracias á la Providencia he llegado á tiempo.

—¿Pues qué?

—¿No recuerdas algo, Carolina?...

—Sí, creo que al desvanecerse mi cabeza...



—Has visto alguna persona...

—¡Oh Dios mío! creo que he visto...

—¿Al general Belliard, no es esto?

—¡Sí, el mismo!—gritó con espanto la jóven.

Y luego mirando rápidamente en torno suyo:

—Pero ¿y Enriqueta?—añadió,—en dónde está Enriqueta?

—Ni ella, ni Blas, se encuentran ya en casa.

—¿Qué significa esto?...

—Tranquilízate, querida mía, y responde. ¿No sospechas qué es lo que ha podido reducirte á ese letargo?...

—No, no recuerdo... no puedo sospechar... Digo...

—Enriqueta, según creo, acababa de servirte agua... ¿recuerdas esto?...

—¡Ah!—exclamó la condesa llevándose ambas manos á la frente.

—¡Pero esto es inconcebible!—añadió.

Largo espacio trascurrió durante el cual ambos jóvenes hicieron toda suerte de conjeturas sobre tan grave suceso; pero tranquilizada Carolina hasta cierto punto, solo tuvo palabras para lamentar la perfidia y la traición del uno y de la otra, de Belliard y de su doncella; no pudiendo explicarse ni Velarde ni la condesa la razón por qué, después de cometer semejante crimen, había corrido Enriqueta el riesgo de buscar al artillero y encaminarle subrepticamente á la salvación de su ama, cuyo peligro acaso era el más terrible que puede amenazar á una mujer.

Velarde abandonó por fin la casa de su amada.

Como las noches eran ya cortas en aquella sazón, no

tardaron en sorprenderle los primeros crepúsculos...

Habia discurrido durante dos horas por las calles de Madrid preocupado por mil ideas fatales.

Carolina, en el momento de despedirse, y temerosa por el estado de agitación en que se hallaba el pueblo, y así como por las manifiestas tendencias de Velarde, suplicó á este, hasta con las lágrimas en los ojos, que no comprometiese su vida.

El jóven procuró tranquilizarla del mejor modo posible; pero su rostro desmentia su resolución.

Quizás no aventuramos mucho en decir que la despreciable accion de Belliard, añadió alguna decision más á la que ya tenía respecto á los enemigos declarados de la desventurada España.

En esta situacion, y siendo aun muy poco adelantada la mañana, se dirigió á su oficina, en la dependencia de que ya hicimos mencion.

Una vez en ella hizo desesperados esfuerzos por distraerse en sus ocupaciones y trabajos del despacho.

Pero su empeño era en vano. Su inquietud y desasosiego crecian por instantes.

Parecia como que un vago presentimiento de lo que debia pasar aquel dia, se agitaba en su espíritu.

Su noble corazon latia muchas veces con desusada violencia, cual si obedeciera á los presentimientos de la abrasada mente.

Emborronando y rompiendo papel sin medida, dejó pasar las horas.

El tiempo, durante la primera mitad de aquel aciago y glorioso dia, parecia deslizarse con fúnebre celeridad, á pasos gigantescos.

De este modo llegaron los momentos criticos.

La lucha entre el pueblo y los franceses rompió al fin con decidido empeño.

A la lucha siguieron todos los horrores de que fueron entonces víctimas los habitantes de Madrid.

De pronto, el jóven militar se levantó arrebatado, y comenzó á pasear con febril violencia y de un modo descompasado.

El eco del cañon sucedió al eco de la fusilería. Velarde comprendió que se estaba inmolando al pueblo bárbaramente.

Su exasperacion no conoció ya dique.

Con el rostro encendido y brotando fuego más bien que palabras, se dirigió al coronel de artillería, D. José Navarro Falcon, comandante del arma en la plaza é individuo de la Junta Económica.

—¡Mi coronel!—exclamó lacónicamente.—*Es preciso batirnos: es preciso morir; vamos á batirnos con los franceses* (1).

El coronel Falcon se quedó mirándole sorprendido.

—Lo dicho, mi coronel;—respondió Velarde,—*es preciso morir; vamos á batirnos con los franceses!*

—¿Pero no conoce Vd. las órdenes terminantes del gobierno?

—¿Qué órdenes?

—Las de que no prescindamos de una estrecha neutralidad con los franceses.

—Pues bien: ¡yo desprecio esas órdenes! son fruto de una traicion abominable.

—Pero... ¿y la ordenanza, Velarde?

—¡La ordenanza, cuando los franceses están ametrallando al pueblo!... ¿No ois el estampido del cañon?

(1) Estas palabras son *absolutamente* históricas.

—Pero Velarde, nosotros...

—Lo dicho, mi coronel, es preciso batirnos, y yo voy á amparar ó á morir al lado del indefenso pueblo.

El bravo capitán, sin atender á las observaciones de Falcon, se precipitó por la escalera, acompañado del escribiente meritorio del cuerpo de Cuenta y Razon, D. Manuel Almira.

Dos ordenanzas, con sus respectivos fusiles, acompañaron tambien voluntariamente al bravo capitán, quien á su vez se armó tomando otro fusil de la guardia.

En esta forma, y antes de dirigirse al cuartel de artillería, encaminóse con su escasa comitiva al del regimiento de Voluntarios del Estado, situado en la calle Ancha de San Bernardo.

Detúvose á la puerta que permanecía cerrada, segun la órden terminante de las autoridades españolas, y llamó, golpeandó con la culata de su fusil.

El centinela atisbó por el ventanillo.

—Llame Vd. al teniente Ruiz,—dijo Velarde.

Un momento despues D. Jacinto Ruiz preguntaba á su amigo con el rostro taciturno y ademan abatido:

—¿Qué me quiere Vd. mandar, Velarde?

Pero el artillero le preguntó á su vez:

—¿Está dentro el coronel?

—Sí, ¿mas qué intenta Vd.?

—Hablarle.

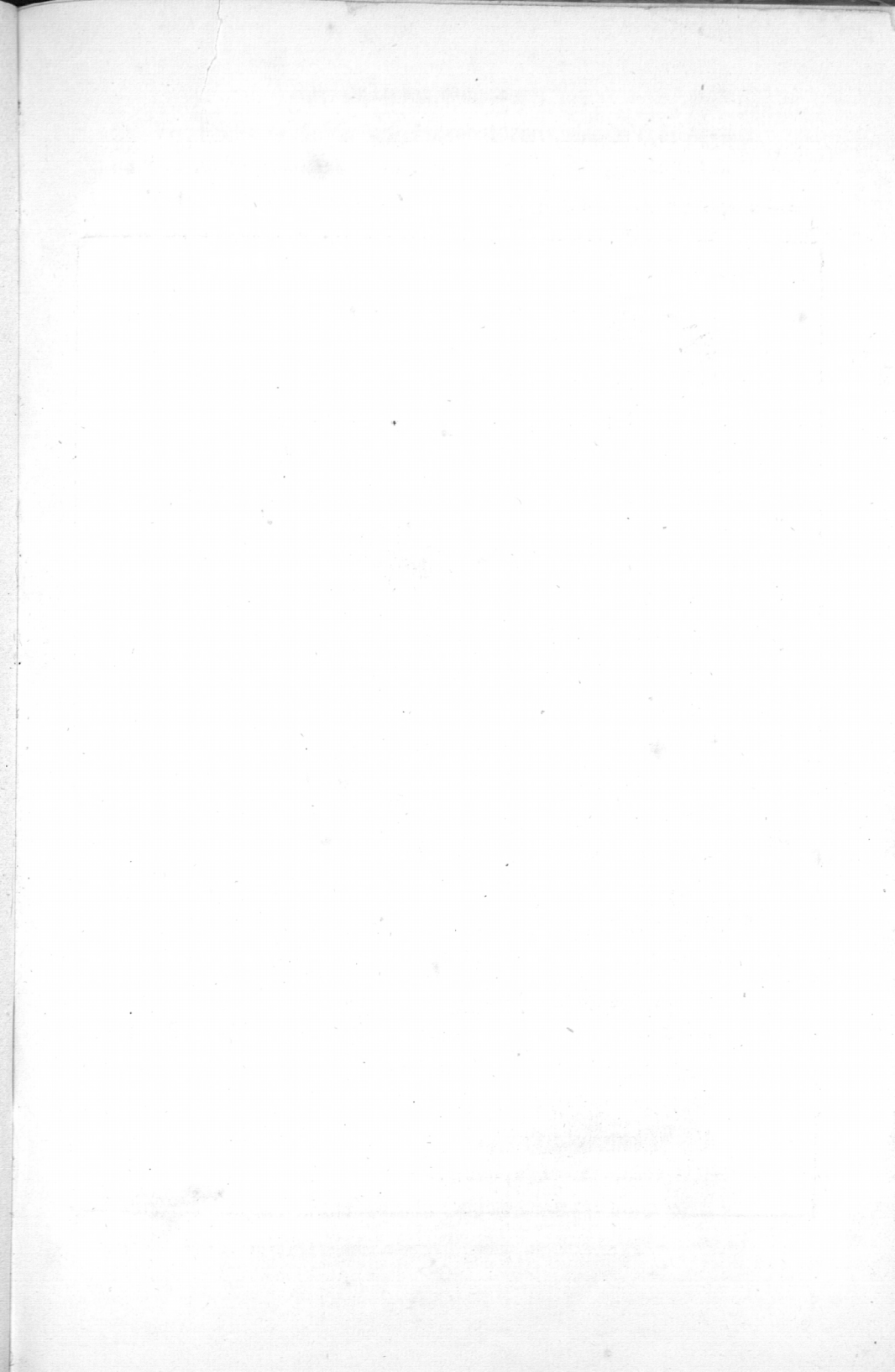
—¿Para que disponga de la fuerza?

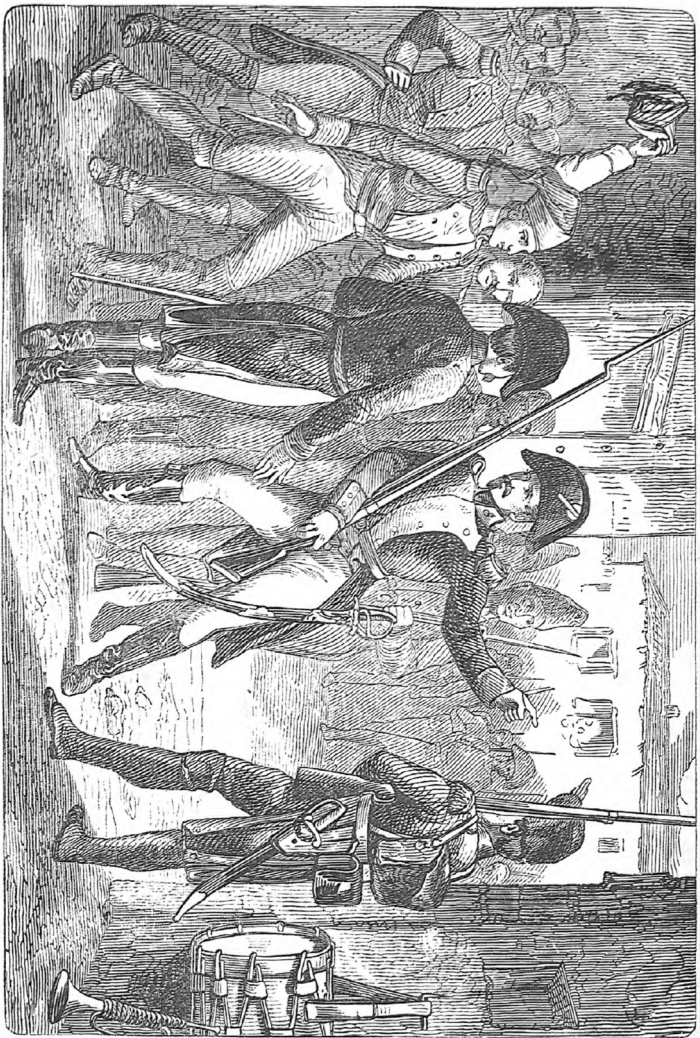
—Sí.

—Creo que será inútil.

—No importa, ensayemos.

Ruiz condujo á su amigo al departamento del coronel de su cuerpo.





Si me dá V. S. una sola compañía, pongo á su disposición el Parque.

Velarde saludó militarmente, y dijo con el tono más suplicante :

—*Si me da V. S. una sola compañía, pongo á su disposición el Parque de Artillería, sin perder un solo hombre* (1).

—¿Ignora Vd. que eso es completamente imposible, señor capitán?—respondió el coronel.

—No ignoro la orden que tiene V. S. de no permitir que salga del cuartel ni un solo individuo; pero V. S. sabe también que el extranjero está sacrificando al pueblo vilmente, y esto es demasiado grave.

—Yo bien quisiera combatir al lado de los madrileños, —objetó el coronel,—pero no es posible faltar á las terminantes prescripciones del ministro de la Guerra.

—¿Es decir que se permitirá pasivamente una tan desigual y horrorosa lucha?

—¿Y qué hacer?

—Pues bien, mi coronel; ya que V. S. no quiere ayudarme en una empresa que podría contrarestar las fuerzas del enemigo, iré solo con los tres hombres que me esperan á la puerta de este cuartel, y haré que nos maten: moriremos solos, pero vendiendo caras nuestras vidas.

Un rumor de disgusto se levantó entre los soldados y algunos oficiales que desde la puerta escuchaban á su jefe y al bravo capitán.

El coronel comprendió entonces el elocuente significado de aquel rumor, y se resolvió á ceder en parte.

—Pues bien, señor capitán,—dijo á su vez,—no quiero que por un solo momento dude Vd. de mí: faltaré á la consigna, pero no importa: puede Vd. disponer de la ter-

(1) También histórico: son palabras textuales.

cera compañía... ¿Queda Vd. satisfecho? ¡Bien sabe Dios que no puedo hacer más!

—¡Gracias, gracias, mi coronel!—exclamó Velarde con transporte, estrechando y besando la mano del coronel de Voluntarios, que se la abandonó conmovido, al comprender cuánta abnegacion y cuánta grandeza encerraba aquel valiente pecho.

Sin que fuese preciso llamar á los números separadamente, la tercera compañía apareció formada como por encanto.

Comptábase esta tan solo de treinta y tres plazas.

Varios oficiales y numerosos soldados quisieron agregarse solos, pero su jefe no lo permitió.

Así, pues, vieron partir con dolorosa emulacion á sus compañeros, cuya afortunada desgracia, si se nos permite la frase, envidiaban profundamente.

El capitán de dicha compañía, D. Rafael Goicochea, los tenientes D. José Ontoria y D. Jacinto Ruiz, el amigo de Velarde, el subteniente D. Tomás Burguera y los cadetes D. Andrés Pacheco y D. Juan Rojo, formaron parte de aquella pequeña fuerza.

Inmediatamente se encaminaron, precedidos del artillero al Parque de Artillería.

En el tránsito se les incorporaron numerosas gentes del pueblo, gritando con denuedo:

—¡Armas! ¡armas! ¡queremos que se nos den armas!

—¡Bien, bien, amigos míos! las tendreis,—les respondió el artillero,—venid con nosotros.

De este modo, cuando llegaron al Parque, llevaban consigo una verdadera legión.

Muchas valerosas mujeres se habian mezclado entre ellos, anhelantes por combatir al extranjero.